

# el callejón y las salidas fonética de gardel



noé jitrik

"Aunque tan lejos yo, de ti tan lejos hoy.  
En tiempo y en espacio.  
Pero en olvido no."

CERNUDA (Epílogo *Desolación de la Quimeras*)

I. Poco a poco uno empieza a ver México, a intuir secretos o historias detrás de las paredes; naturalmente, uno (yo) se equivoca siempre, no puede sino aplicar un esquema general guiándose por la forma de las paredes, en suma, uno reconoce y, correlativamente, no llega a conocer.

Es un lujo andar por la colonia Roma, por esas calles que fueron y son sólidas, flanqueadas por palacetes porfirianos, algunos decadentes, con escalinatas que hacen suponer fiestas de la ilusión oligárquica. Si hasta se respira bien; algún vago perfume viene de la noche, esto es, de los jardines encerrados en esas viejas casas de la avenida Alvaro Obregón. El coche se va a detener, lo voy a detener pero yo detengo ese gesto porque la radio, repentinamente, me remite a mi nostalgia: suena en el breve ámbito la voz apagada y vigorosa de Carlos Gardel cantando *Sueño de juventud*. Metidos en el auto nos dejamos penetrar por esa voz, estamos como hundidos en la noche, acaso librados a nuestras propias fuerzas que, como son las de la nostalgia, son escasas.

A través de su particular dicción, no nos llega en realidad *Sueño de juventud* sino *Sueño de juventú* y, en el desarrollo de la letra evocadora, modernista ("Juventud, divino tesoro ya te vas para no volver"), una catarata de eres, un desprendimiento acumulativo, una prodigiosa transformación de toda nasal, enes, en homogéneas y afiladas, metálicas, vibrantes, eres. De este modo, *Sueño de juventú* se me aparece como la "Summa" del arte gardeliano que es, al mismo tiempo, un arte esencialmen-

te fonético: la cantidad de eres me produce una especie de vértigo, un entusiasmo que me lleva al aplauso y cuya raíz se encuentra en mi incapacidad para negarme a esa infracción de la legalidad sonora; por poco que se piense, la fonética de Gardel realiza, en su propio nivel, lo que sistematizó el grotesco, teatro prodigioso que aspiraba, con su agilidad, con su desaprensión respecto de las "reglas dramáticas", a que la sociedad argentina en formación se viera a sí misma como deforme, en un espejo que también era deforme, con el altruista fin de que aprendiera, al verso, a ser mejor y más correcta.

¿Algo que ver con el descreimiento de Discépolo (Enrique) que encuentra terrible la mezcla social: "la biblia y el calefón"?

En estos pensamientos, me siento en pleno arrobamiento, me siento tan argentino apreciando lo deforme, soy y no soy yo en esas eres, soy hispanohablante y soy rioplatense, del Abasto, admiro esa fuente de encanto sonoro, fuente, al mismo tiempo, de endiosamiento posible por la transformación operada, si no de absoluto autorreconocimiento porque simultáneamente me causa, como a todos, un poco de gracia: "Carlitos canta cada día mejor", fórmula perfecta de una identificación sin fisuras y sin crítica.

Y, sin embargo, críticas hubo, hubo gente que llamó la atención, que no se dejó atrapar por su figura pulida y seductora, realizada permanentemente por la capacidad mitologizante de las lamparillas, por las noches de Broadway que al fin y al cabo algo contribuyeron al mito y al éxito que luego todos hicimos nuestro. Recuerdo todavía una clara mañana de junio y ocupando el horizonte del Río de la Plata la voz del poeta Juan Carlos Lamadrid, del otro lado del mostrador de su "carrito" en la Costanera, él mirándonos a nosotros, nosotros integrándolo al vasto horizonte fluvial; voz bronca, voz de boxeador y de poeta al mismo tiem-



po, su *Hombre sumado* proponiendo una síntesis de palabra y de hecho, mundo del golpe y de la imagen que quería ser golpe también, vaya no a saber en qué anónimo plexo: "Hácame caso, pibe, Gardel era un fioca, un cafiolo, vivía de las minas, un traficante del tango, eso no es tango, gomina y violines."

La ética, no otro era el llamado de atención, instalándose admirablemente en ese asombro un poco estúpido en el que uno (yo) vive y según el cual lo que todos aman es amable, debe ser amado. Y luego mi propio disgusto ético al escuchar un dudoso recordatorio de la Revolución del 6 de septiembre que dio por tierra con el viejo Yrigoyen y prometió fascismo y galeritas, como le habría gustado decir a David Viñas; la radio se hizo cargo y nos pasó un disco en el que Gardel homenajeaba a las tropas uriburianas mediante un tango compuesto para la ocasión, titulado, abusivamente, *Viva la patria*; su voz rezumaba alegría conservadora, beneplácito de tropas criollas de asalto, el arrastre canyengue y petulante de

cierta vulgaridad dirigido a generales y estancieros, destinatarios del nuevo país que se estaba iniciando, país más viejo que el demonio, si los sociólogos permiten.

Y, sin embargo, años después, en plena época popular y populista, el "mudo" aparece como el dios mayor, paradigma de lo popular, esencia de lo nuestro, epitome de las enes que se escuchan eres, como si en esa peculiaridad todos reconociéramos una virtud argentina; más aún, la amarga advertencia de la Madrid bien podía haber caído en el vacío; al contrario, no deja de ser simpático que haya sido "cafiolo", que haya podido manejar un par de "minas" que le trajeran puntualmente el "vento"; a partir del culto que le profesamos, ni siquiera necesitamos ocultar ciertos sentidos personales que siempre fueron un inconveniente para juzgar el arte ("con las buenas intenciones se hace mala literatura", decía Gide), en nuestra adhesión ilegamos a considerar incluso que "está bien" que haya traficado con el tango y haya construido una imagen de sacristía con sus violines por detrás, acodado en la borda de un barco mentido, engolando la voz al divisar las luces, también falsas, de Buenos Aires.

Puro realismo argentino: primero vemos "qué quiere la gente", luego le hallamos razón si la gente es mucha y, finalmente, en una culminación dialéctica, proclamamos que "así debe ser" y que lo que se opone a ello se sale del plato, para recordar otra figura cuyos defectos terminaron rápidamente también por ser exaltados, modelantes, ejemplificadores. Sensación embriagadora de participar, de tener algo, abolición de la crítica, necesidad de poseer rápidamente rasgos distintivos: ¿ser argentino? Equivoca manera de ser argentino, algo compulsiva y que pasa sin falta por un sancionamiento externo, cuanto más ruidoso mejor. Me viene a la memoria, en un flujo que cabalga sobre mis propias ambivalencias y las estimula, el descubrimiento de Pajarito García Lupo: en el ejército argentino había, aún después de la caída de Perón, oficiales "nasseristas". Habría, sin duda, alguno; luego de ser descubiertos pasaron inmediatamente a ser buenos y bellos y, en el discurso que al poco tiempo prendió, los que no eran ni nasseristas ni oficiales del ejército debían extraer lecciones de realidad y de eficiencia y, por lo tanto, de futuro. Esa exaltación progresiva, que daba respuesta seguramente a necesidades, pero que pronto alimentaba una satisfecha idea de la propia virtud realista, engendró en Milton Roberts una frase que sintetiza la procelosa vida política argentina de 1960 a 1969: "Cuanto más canallas mejor si son militares." Alquimia del verbo, operación sancionadora, que se registra en todos los planos y según la cual a nuestra protesta insatisfacción le aparecen sustitutos que la humillan y la quitan de la mesa de discusión; oportunismo al acecho, sorprendente trastrueque de valores, renuncia en pro de cierta eficacia, un realismo practicante, en suma, que por ahí, desconcertantemente, puede estar constituyendo la materia de una historia, con sus santos y sus dogmas, algo que sabemos que no es así pero que no podemos tocar, no nos conviene porque al cabo del tocamiento a lo mejor nos espera la nada, un espacio enigmático en el que nuestro trabajo no lograría hacer ninguna marca y, si la hiciera, no sería reconocida, no serviría, no emocionaría a nadie en una calle de Buenos Aires o en un automóvil perdido en la ciudad de México, de noche, tratando de integrar imágenes y encauzarlas.